

Gordon Childe en Egipto. La revolución urbana en la civilización sin ciudades

Marcelo Campagno*

RESUMEN: *El concepto de revolución urbana de Vere Gordon Childe constituye uno de los más importantes dispositivos elaborados en el siglo XX para estudiar la aparición de las sociedades complejas. Medio siglo después de su formulación sistemática, este artículo intenta reconsiderar el análisis childeano del surgimiento de la civilización egipcia a la luz de los conocimientos actuales.*

ABSTRACT: *Gordon Childe's concept of urban revolution became one of the most important theoretical frameworks elaborated in the 20th century to study the emergence of complex societies. Half a century after its systematic formulation, this article aims to reconsider Childe's analysis of the emergence of Ancient Egyptian civilization by the light of the current data.*

El año pasado se cumplió medio siglo de la publicación, en la revista *The Town Planning Review*, de un artículo llamado "The Urban Revolution" cuyo autor es considerado como uno de los más importantes arqueólogos del siglo XX: Vere Gordon Childe. El concepto de revolución urbana fue acuñado por Childe en los años treinta, sin embargo, el artículo de 1950 estableció los 10 indicadores que caracterizan este proceso revolucionario y marcó el momento en que dicho concepto quedó definitivamente explicitado. El presente artículo pretende visitar una de las situaciones históricas que Childe consideró más detenidamente a propósito del proceso que él denominaba revolución urbana, a pesar de los obstáculos que a primera vista dicha situación parecía oponer a su identificación bajo tal concepto: se trata del surgimiento de la antigua civilización egipcia. Al mismo tiempo, este artículo intenta constituir un modesto homenaje a uno de los conceptos que más fuertemente incidieron en el pensamiento de la segunda mitad del siglo pasado sobre la aparición de las civilizaciones antiguas.

* Instituto de Historia Antigua Oriental, Universidad de Buenos Aires.

I

La intervención de Vere Gordon Childe en el debate arqueológico de su época implicó una serie de aportes no sólo en materia de nuevos datos sino, principalmente, en la renovación de los marcos teórico-metodológicos vigentes en aquella disciplina. El propio Childe parece haber sido consciente de esto cuando, en un notable artículo retrospectivo, señalaba:

la más original y útil contribución que pude haber hecho a la prehistoria no son, por cierto, datos novedosos rescatados mediante excavaciones brillantes o por pacientes investigaciones en las polvorientas cajas de los museos, ni aun esquemas cronológicos bien fundados, o culturas recientemente definidas, sino más bien conceptos interpretativos y métodos de explicación. [Childe, 1981a:351]

En efecto, al lado de sus consideraciones acerca de los orígenes de los pueblos indoeuropeos o de las culturas de la prehistoria de Europa, aparece todo un conjunto de trabajos dedicado a reevaluar antiguas perspectivas de estudio de las sociedades prehistóricas, proponer nuevos conceptos y métodos de análisis, discutir el concepto de evolución social, puntualizar las relaciones entre arqueología e historia o, dicho en otros términos, a sostener la idea “de que es posible extraer historia de los materiales arqueológicos”. [Ibid.:34]

En este marco, uno de los conceptos acuñados por Childe que sin duda resultó crucial para el establecimiento de nuevos nexos entre la arqueología y la historia fue el de revolución urbana, toda vez que ofrecía la posibilidad de redimensionar la utilidad de los análisis arqueológicos en relación con la problemática de la diferenciación social y el surgimiento del Estado. A partir de 1934, con la publicación de *New Light on the Most Ancient East*, el arqueólogo australiano centró su atención en tres regiones del Viejo Mundo en las que tal revolución habría tenido lugar: Egipto, Mesopotamia y el valle del Indo. Así, el desembarco de Childe en el análisis de esas civilizaciones no tenía como objetivo la aportación de algún nuevo testimonio marginal a la masa de datos disponibles sino poner al alcance de los especialistas un conjunto alternativo de herramientas, es decir, nuevos conceptos interpretativos y métodos de explicación —tan caros a la propia estrategia childeana— que permitieran extraer historia de ese cúmulo de documentos de otro modo destinados a ocupar lugar en las vitrinas o en las polvorientas cajas de los museos.

Ahora bien, ¿cuál fue el impacto de la tesis de la revolución urbana en los análisis de las situaciones históricas indicadas por Childe? En este trabajo nos concentraremos en uno de los ámbitos señalados por el investigador como escenario de aquella revolución: el valle del Nilo, en Egipto. Nos interesa considerar de qué modo era abordado el proceso del surgimiento del Estado egipcio por parte de los egiptólogos

gos en tiempos de la intervención de Childe y cuál fue la eficacia específica del marco conceptual propuesto por el autor para el análisis de tal proceso. Al mismo tiempo, y en función de la especificidad de la situación egipcia, nos interesa destacar los elementos que —a nuestro criterio— singularizan la propuesta de Childe y la sitúan más allá de las propias concepciones evolucionistas del investigador: en un terreno teórico en el que se privilegia, al margen de las continuidades exhibidas por el registro material, el estudio del cambio, de las transformaciones, de todo aquello que, en una palabra, puede englobarse bajo el rótulo de revolución.

II

“Antes de 1895 —señala Emery [1961:21]— nuestro conocimiento de la historia de Egipto no se extendía hacia atrás más allá del reinado del faraón Snefru, primer rey de la Cuarta Dinastía”,¹ y los sucesos ocurridos con anterioridad a tal época solamente podían ser reconstruidos a partir de los relatos de los autores clásicos. Frente a semejante panorama, la intensa actividad arqueológica llevada a cabo en el sur de Egipto hace un siglo cambió la situación radicalmente. Por un lado, a partir del descubrimiento del cementerio real de Abidos fue posible remontar arqueológicamente la historia egipcia hasta la mismísima Primera Dinastía. Por otro lado, una serie de hallazgos en Nagada, Hieracómpolis, Abadiya y Hu condujo aún más lejos. En efecto, esas pequeñas tumbas ovales y rectangulares, esos cadáveres en posición embrionaria, esos extraños ajuares funerarios no encajaban bien con la evidencia acerca de la sociedad faraónica. Con una gran intuición primero, y con un gran trabajo de interpretación después, la incógnita comenzó a ser despejada: esos objetos constituían testimonios de una época previa a la de los faraones, de una época pre-dinástica o, si se quiere, prehistórica.

Habida cuenta de las sensibles diferencias entre la evidencia recientemente descubierta y la perteneciente a los tiempos dinásticos, la pregunta sobre el cambio, sobre las razones de la transformación de aquella sociedad prehistórica, en definitiva, la pregunta sobre las razones de la aparición de la sociedad faraónica, no podía dejar de ser planteada por los especialistas. Ahora bien, ¿qué tipo de respuestas fueron ofrecidas por los egiptólogos? Si bien ya existía en aquella época una considerable serie de recursos teóricos provista por la sociología para abordar tal problema,²

¹ Traducción del autor.

² En efecto, en el ámbito de la sociología ya existían importantes consideraciones respecto a la problemática del surgimiento del Estado. Por un lado, la tesis de la formación del Estado como parte de un proceso de diferenciación socioeconómica que había establecido la división de la sociedad en clases fue sostenida por Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* en 1884. Por otro, Gumpłowicz formuló la teoría del establecimiento de la relación dominador-dominado como resultado de la conquista de pueblos agricultores por pueblos nómadas en 1899. Así, en la época en que comenzó a formularse

la egiptología se hallaba —y continuaría hallándose durante largo tiempo— demasiado encapsulada como para escuchar las voces de los investigadores ajenos a su campo. A pesar de ello, los egiptólogos no ignoraron totalmente aquella pregunta. A lo largo de las siete décadas posteriores a los descubrimientos, dos grandes tipos de respuestas trataron de dar cuenta de los comienzos del Egipto faraónico.

La primera de tales respuestas fue formulada por uno de los principales protagonistas de los hallazgos, el mismísimo Flinders Petrie. El planteamiento era simple: los enormes cambios que inauguraron la sociedad dinástica no fueron llevados a cabo por los primitivos habitantes del Nilo —ésos que el propio Petrie había contribuido a descubrir— sino por unos recién llegados, por una raza dinástica proveniente de alguna lejana región y portadora de todos los atributos que caracterizarían a la civilización egipcia. En palabras de este arqueólogo, “las condiciones del país en tiempos de la invasión del pueblo dinástico eran las de una civilización decadente de la prehistoria”. Después del ingreso de otras razas en la región, “arribó una raza enteramente diferente [. . .] Esta raza, desde el Alto Egipto, gradualmente dominó el país y selló su conquista por medio de la fundación de Menfis, bajo el gobierno de Menes”. [Flinders Petrie, 1912:3 y s]³

La posición de Flinders Petrie combinaba viejas ideas sobre el predominio de unos grupos raciales sobre otros, en función de diferentes rasgos culturales, con viejas ideas difusionistas que prescribían que toda novedad social debía tener una cuna exterior, provenir de alguna sociedad lejana y más avanzada. Más allá de la proveniencia externa, la teoría de la raza dinástica no se detenía en mayores precisiones acerca del modo específico en que las características de los nuevos pobladores habían predominado sobre las de los antiguos para instalar allí una civilización de tipo estatal. Se trataba de un proceso en el que las características culturales superiores necesariamente se imponían sobre las inferiores.⁴

La segunda respuesta al problema de la entronización de los faraones fue elaborada en 1930 por el egiptólogo alemán Kurt Sethe. En este caso, se trataba de una interpretación en clave histórica de las narraciones religiosas que componen los textos de las pirámides, a las cuales se pretendía adecuar la evidencia arqueológica. Para Sethe, los nomos de tiempos históricos debían tener antecedentes más o menos similares a los de las épocas antiguas, aunque entonces constituyeran unidades políticamente independientes. En este marco, el predominio de determinados dioses en los relatos religiosos reflejaba la preponderancia política de la ciudad o re-

la pregunta sobre el modo en que emergió la sociedad de los faraones ya existía, al menos, la posibilidad de plantear el problema en tales términos teóricos.

³ Traducción del autor.

⁴ En relación con la teoría de la raza dinástica, véanse: Flinders Petrie, 1912:4; Derry, 1956:85; Emery, 1961:38-42; Edwards, 1971:40 y s.

gión que había constituido su principal centro de adoración. A partir de este expediente, la teoría proponía:

1. Durante el V milenio a.C. los nomos tendían a agruparse en confederaciones o en diversos reinos. En el delta se formaron inicialmente dos reinos: uno en la región occidental, con capital en Behedet, cuyo dios principal era Horus; otro en el área oriental, centrado en Busiris y en el culto a Andjeti primero y a Osiris después. Estos reinos se unificaron posteriormente estableciendo una nueva capital en Sais y un nuevo culto a la diosa Neith.
2. Paralelamente a este proceso, se produjo la formación de un reino en el sur que tenía a Ombos por capital y a Seth por dios principal.
3. Una primera guerra entre los reinos del norte y del sur implicó la victoria del norte y el establecimiento de un primer reino unificado con centro en Busiris y en el culto a Osiris.
4. Una primera escisión reestableció los dos antiguos reinos y el del norte recuperó Behedet como capital y a Horus como dios principal.
5. Una nueva guerra entre los seguidores de Seth y de Horus desembocó en el triunfo de estos últimos y en la instauración de un nuevo reino unido en torno a Heliópolis y el culto a Atum-Ra.
6. Una nueva secesión del sur volvió la situación política al punto previo, con la diferencia de que ahora el reino meridional estableció una nueva capital en Hieracómpolis y colocó como nuevo dios principal a Horus, al igual que en el Bajo Egipto.
7. Finalmente, fue Menes quien, como rey del Alto Egipto y adorador de Horus, conquistó el norte instaurando así el reino unificado de los tiempos dinásticos.

Ahora bien, la hipótesis de los reinos predinásticos, al igual que la de la raza dinástica, no hacía sino trasladar el problema. A primera vista, parece que tal hipótesis asigna un rol importante a las guerras de conquista en la formación de la sociedad estatal egipcia. Sin embargo, la imagen se revela falsa en cuanto se la considera con detenimiento: esas guerras, según se indica, habían sido emprendidas por reinos o incluso por confederaciones de nomos. Sin embargo, nada se nos dice acerca del estatus político de esas entidades. Esos reinos, ¿ya eran Estados o se trataba de jefaturas, como en determinadas sociedades africanas contemporáneas? Si ya eran Estados, ¿cómo surgieron? Ninguno de los autores que respaldaban esta teoría dio demasiadas pistas al respecto. Podría argumentarse que no tenían por qué hacerlo ya que el surgimiento del Estado no era el problema que les preocupaba. Nada puede ser más cierto. Sin embargo, la conclusión se torna obvia: durante mucho tiempo los egiptólogos consideraron que una raza civilizadora o unos reinos predinásticos

desprovistos de todo estatuto teórico eran suficiente respuesta a aquella pregunta sobre los comienzos de la sociedad faraónica.⁵

¿Por qué ocurrió semejante situación? ¿Se trataba de cierta miopía por parte de los egiptólogos? Creemos que la respuesta radica en las condiciones de producción del discurso egiptológico. En especial, en el ya mencionado encapsulamiento de la disciplina, el cual impedía todo diálogo con otros ámbitos de investigación susceptibles de instalar en el seno de la egiptología una nueva problemática o una nueva metodología. Precisamente por no salir de los límites de la disciplina, las teorías de la raza civilizadora y de los reinos predinásticos mantuvieron su predominio. La teoría de la raza dinástica situaba todas las controversias en torno a las distintas capacidades craneanas de los restos óseos y a las características culturales atribuidas a tal o cual tipo de esqueleto. La teoría de los reinos predinásticos se basaba en una interpretación historicista de los textos de las pirámides, de modo que la propuesta parecía surgir de los mismísimos jeroglíficos. De esta forma, las posturas alejadas de este tipo de análisis estaban condenadas al olvido o, en el mejor de los casos, a una posición periférica respecto a los análisis dominantes en la egiptología. Pero como generalmente sucede, los cambios emergen desde la periferia. Cuando a finales de los años setenta el proceso del surgimiento del Estado en Egipto comenzó a instalarse como problema digno de análisis, ya hacía más de cuarenta años que Gordon Childe había hecho escuchar su voz periférica y pionera.

III

Childe intervino en las discusiones en torno al problema del surgimiento del Estado en Egipto a partir de una doble vía. Por un lado, se opuso a las posiciones espontáneas de los egiptólogos, tanto a la teoría de la raza dinástica como a la de los reinos predinásticos, debido a que carecían de una base testimonial confiable. En cuanto a la posibilidad de una invasión civilizadora, argumentó que si bien existía cierta evidencia de contactos con el extranjero, nada permitía suponer que alguna de las sociedades que circundaban al Egipto prehistórico dispusiera de una civilización superior. De acuerdo con Childe, “no podemos dirigirnos a ninguna cultura fuera de Egipto que estuviese técnica y económicamente a la par con el Guerzeense o el Maadiense, y que al mismo tiempo estuviese cargada con las potencialidades que llegaron a realizarse bajo la I Dinastía”. [Childe, 1986:122] Además, el autor señalaba la ausencia de una discontinuidad en el registro arqueológico que pudiera ser atribuible a los invasores:

⁵ En relación con la teoría de los reinos predinásticos, véanse: Sethe, 1930; Massoulard, 1947:430-438; Hayes, 1953:25-31; Pirenne, 1961:49-86.

la documentación arqueológica no deja espacio para un periodo entre el Guerzeense y la Dinastía 0, entre la tumba pintada de Hieracómpolis y la de Ka, o entre las necrópolis de Maadi y Tura [. . .] Tampoco puede identificarse una cultura que ya no sea guerzeense ni maadiense, ni tampoco aun faraónica. [Childe, *ibid.*]

Al señalar la falta de evidencia documental, Childe había dejado al descubierto la posición racista e hiperdifusionista que constituía el único sostén de la teoría de la raza dinástica.⁶

Respecto a la posibilidad de los mentados reinos predinásticos que habían precedido al reino unificado de los faraones de la Dinastía I, Childe sostenía que “de ningún modo se puede afirmar por más tiempo que la expansión de la cultura guerzeense documenta la conquista del Alto Egipto por los ‘Adoradores de Hórus’ del Delta y su incorporación a un ‘reino heliopolitano’”. En efecto, de acuerdo con este autor, en el Bajo Egipto “la cultura guerzeense es desconocida”. [Childe, *ibid.*:91 y s.] Aunque en función de cierta evidencia temprana (una suerte de cetro hallado en El-Omari así como la imagen amratiense de una corona similar a la usada posteriormente por los faraones) Childe aún creía en 1934 en la posibilidad de “un antiguo reino del Bajo Egipto”, en 1942 ya no refiere la existencia de tal reino septentrional. En efecto, para entonces señala: “Menes [el rey del Estado surgido en el sur] ha conquistado el resto del valle y del delta, uniendo las aldeas y clanes independientes en un solo estado”. [Childe, 1981c:128] Habida cuenta de la falta de testimonios confiables, Childe había terminado por descartar la validez de la teoría de los reinos predinásticos, cuya existencia sería negada definitivamente poco tiempo después por Henri Frankfort.⁷

Quizá por su posición periférica, Childe pudo indicar aquello que los egiptólogos no atinaban a plantearse: tanto la teoría de la raza dinástica como la de los reinos predinásticos presentaban serias debilidades desde el punto de vista de la evidencia en que se sustentaban. Ahora bien, el principal aporte de Childe al análisis del surgimiento de la sociedad estatal en el valle del Nilo se situó más allá de este tipo de cuestionamientos, en el nuevo concepto que acababa de acuñar: el de la revolución urbana.

⁶ Sobre el rechazo de Childe a las teorías raciales e hiperdifusionistas, véanse: Trigger, 1980:91 y s.; Childe, 1981a:36-38.

⁷ De acuerdo con Frankfort, las referencias de los relatos egipcios posteriores acerca de un reino del Bajo Egipto en una relación de simetría directa con un reino del Alto Egipto constituían el resultado de la concepción dual del universo propia del pensamiento egipcio. En palabras de este autor: “las formas duales de la monarquía egipcia no fueron el resultado de acontecimientos históricos; representaban la idea egipcia característica de que un todo se compone de dos partes contrarias”. [Frankfort, 1976:43]

IV

La segunda vía de acción de Childe consistió en proponer una nueva conceptualización del proceso del surgimiento del Estado egipcio a partir de su tesis sobre la revolución urbana. ¿En qué consistía dicho acontecimiento? Lejos de significar un hecho súbito, la revolución urbana era el corolario de un largo proceso de cambio de la estructura económica de las sociedades. El efecto más notable de este cambio, iniciado con otra revolución, la revolución neolítica, fue el gran crecimiento poblacional y la concentración de buena parte de esa población en espacios acotados, vale decir, urbanos. En palabras de Childe [*ibid.*:81]:

las peores contradicciones de la economía neolítica —esto es, las generadas por los trastornos naturales que podían hacer fracasar el ciclo agrícola— fueron superadas cuando los agricultores fueron persuadidos u obligados a arrancar del suelo un excedente superior a sus necesidades domésticas, y cuando este excedente pudo aprovecharse para mantener a nuevas clases económicas que no intervenían directamente en la producción de alimentos. La posibilidad de producir el excedente requerido era inherente a la naturaleza misma de la economía neolítica. Su logro, sin embargo, requirió de la ampliación de la ciencia de que disponían los bárbaros, y también de una modificación en las relaciones sociales y económicas. El milenio que precedió al año 3000 a.C. fue quizá más fecundo en invenciones y descubrimientos fructíferos que cualquier período de la historia humana anterior al siglo XVI de nuestra era. Sus realizaciones posibilitaron esa reorganización económica de la sociedad que yo llamo revolución urbana.

El elemento clave de la revolución urbana, la posibilidad de obtener un excedente de producción, permitió en determinadas regiones la aparición de dos grandes tipos de especialistas separados del proceso productivo primario. Por una parte, un conjunto de artesanos capaces de elaborar herramientas y objetos artísticos a partir de las nuevas tecnologías (la metalurgia del cobre) —y con ello posibilidades de intercambio más amplias—, pero carentes de autonomía respecto a su sociedad; y por otra, un conjunto de administradores que concentraron las funciones de coordinación de las actividades sociales y militares así como el vínculo con las divinidades. Este último grupo constituiría la élite dominante de un nuevo tipo de sociedad: la estatal.

Sin embargo, más allá de estas características comunes a todas las sociedades donde acaeció la revolución urbana, cada una de ellas presentaba sus propias especificidades. Respecto a Egipto, Childe puso el énfasis en el lugar ocupado por lo ideológico y por el conflicto. En primer lugar, “en los poblados prehistóricos, las comunidades autosuficientes de clanes productores de alimentos, cuyos cementerios se alinean en el valle del Nilo, deben haber caído bajo el dominio de una clase de hechiceros”. [Childe, 1989:193] Estos líderes habrían dirigido las actividades productivas aunque sin lograr la producción de grandes excedentes. De este modo,

debemos admitir que la realización de la segunda revolución [la urbana] exigió una acumulación de capital, principalmente en la forma de artículos alimenticios; que dicha acumulación tuvo que concentrarse, en cierta medida, para hacerla aprovechable efectivamente para fines sociales; y que, en Egipto, la primera acumulación de este tipo, y su correspondiente concentración, fueron, al parecer, resultado de una conquista. [*Ibid.*:164]

A fin de cuentas,

la monarquía egipcia debía su poder, por un lado, a las victorias materiales —al haber vencido a los caudillos y reyezuelos rivales— de las cuales fue la última la conquista del delta; y, por otra parte, debía su autoridad a las ideas [. . .] acerca de la inmortalidad del rey [a su condición de divinidad]". [*Ibid.*:195]

V

Ahora bien, la interpretación del surgimiento del Estado egipcio, enclave de la revolución urbana, a poco de andar mereció una objeción central. El Antiguo Egipto había sido caracterizado básicamente como una "civilización sin ciudades". [Wilson, 1960:124] ¿Cómo era posible, entonces, hablar allí de una revolución urbana? A pesar de reconocer los méritos del análisis childeano, autoridades como Henri Frankfort [1959:57, nota 2] habían señalado que, "en lo relativo al término 'revolución urbana', no puede ser aplicado de ninguna manera a Egipto".⁸ Se ha señalado la existencia de ciertos núcleos poblacionales en el momento del surgimiento del Estado,⁹ aunque ninguno de ellos alcanzó las dimensiones urbanas de la contemporánea Mesopotamia. Tampoco puede suponerse que se concentrara en ellos la mayor parte de la población, la cual parece haber permanecido en las antiguas comunidades aldeanas. De hecho, de las dos únicas aglomeraciones egipcias que *strictu sensu* merecen el término de ciudad, Tebas y Menfis, la primera es muy posterior a la emergencia del Estado. Así, en el mejor de los casos, la módica revolución urbana egipcia habría consistido en la fundación de una gran ciudad para todo el valle y el delta del Nilo.¹⁰ El propio Childe [*ob. cit.*, 1981c:125] reconoció esta situación en apariencia contradictoria, aún cuando al menos en parte podía ser atribuida a la poca fortuna en las excavaciones:

En el valle del Nilo, la revolución urbana sólo puede ser estudiada después de su culminación. [. . .] Desde el punto de vista arqueológico, la respuesta no se conoce; los primeros poblados se hallan enterrados en el sedimento del Nilo, debajo de las poblaciones modernas y campos cultivados.

8 Traducción del autor.

⁹ Al respecto, véanse: Kemp, 1977:185-200; Bietak, 1986:29-34; Hassan, 1993:551-558.

¹⁰ En relación con Tebas y Menfis como ciudades, véanse: O'Connor, 1972:683; Hassan, *ibid.*:552.

¿Por qué insistir en una revolución urbana ante la ausencia de evidencias acerca de un temprano urbanismo egipcio? La revolución urbana, según dijimos, no era para Childe un acontecimiento repentino sino el resultado de un largo proceso. Volcado abiertamente a la detección de los cambios por encima de las continuidades, en 1950 Childe estableció los elementos que, a su juicio, caracterizaban este proceso. Se trata básicamente de 10 indicadores que testimonian la novedad de la situación resultante. Enumerados en forma sintética, tales indicadores son: 1) la aparición de las primeras ciudades, diferenciables de los poblados previos por su extensión y densidad; 2) la división del trabajo, con el surgimiento de especialistas de tiempo completo; 3) la canalización del excedente de producción como tributo impuesto a los productores; 4) la construcción de edificaciones públicas monumentales; 5) la división de la sociedad en clases, con una clase gobernante concentradora de la mayor parte del excedente; 6) la aparición de la escritura como sistema de registro; 7) la elaboración de ciencias exactas y predictivas tales como la aritmética, la geometría y la astronomía; 8) la elaboración y expansión de nuevos y más homogéneos estilos artísticos; 9) la importación de materias primas no accesibles localmente, y 10) una organización social basada más en la residencia que en el parentesco.¹¹

Al reconsiderar tales indicadores en relación con las analogías entre Egipto y Mesopotamia, en 1952, Childe los reagrupó para rescatar seis características comunes: 1) un crecimiento sin precedente de la población total y del tamaño de las unidades locales; 2) la construcción de enormes edificios relacionados con el mundo de lo divino (templos o tumbas reales); 3) un cambio sensible en la composición de la sociedad, con la aparición de especialistas *full-time*; 4) una división de la sociedad en clases económicas, con la concentración de un gran excedente en manos del aparato de Estado; 5) la aparición de la escritura, y 6) una revolución artística, con el advenimiento de un nuevo estilo naturalista al servicio de la élite estatal [*cfr.* Childe, 1968:631-634]. Ahora bien, ¿pueden mantenerse actualmente estos criterios como indicadores de la temprana sociedad estatal en el valle del Nilo?

VI

El primer indicador, el crecimiento demográfico global y el de los asentamientos, resulta seguramente el más problemático debido a que los conocimientos actualmente disponibles sobre la demografía egipcia de este periodo son mínimos y las opiniones de los investigadores suelen ser notablemente divergentes. Por ejemplo, mientras Butzer [1976:83] propone para Egipto una población total de 350 mil habitantes hacia el 4000 a.C., que aumentaría a 870 mil durante el siguiente milenio,

¹¹ Véase Childe, "La Revolución Urbana", 1981b:272-275.

Trigger [1987:59] indica que “no es inconcebible que uno a dos millones de personas puedan haber vivido en el Predinástico tardío”, en tanto que Mortensen [1991:29] estima, para la misma época, una cifra de tan sólo 100 000 a 200 000 habitantes. Aunque existe un acuerdo más o menos general sobre la existencia de cierto aumento poblacional durante el transcurso del Predinástico, la influencia de dicho crecimiento demográfico en el proceso del advenimiento del Estado varía enormemente si la situación de análisis comprende una sociedad de 100 000 habitantes o si abarca una cifra de pobladores veinte veces superior.

Más allá de este punto, lo que parece innegable es el comienzo de un proceso de concentración poblacional en algunas regiones del sur (Hieracómpolis, Nagada) estimulado por la creciente desertificación de las regiones aledañas al valle así como por la mayor estrechez de la llanura aluvial en el sur. [Cfr. Butzer, *ob. cit.*:102 y s.; Hassan, 1993:551-558] En este sentido, se considera que la región de Hieracómpolis experimentó una notable “explosión demográfica —a partir de 3800 a.C.— que proveyó las bases para su futuro poder político y económico”. [Hoffman, Hamroush y Allen, 1986:181-183]¹² En efecto, la concentración de un grupo poblacional entre cinco mil y diez mil habitantes generó las condiciones para los inicios de una compleja división del trabajo así como para la aparición de una élite encargada de dirigir las actividades económicas y políticas de esa sociedad. Por lo demás, en tiempos de la Dinastía I el Estado parece haber iniciado una política de fundación de núcleos urbanos vinculada tanto a la búsqueda de aprovechamiento productivo de nuevas regiones como a la voluntad estatal de establecer centros administrativos para potenciar su capacidad de intervención en todas las regiones bajo su control.¹³ De tal forma, las fundaciones reales constituirían una suerte de cabeceras de la acción del Estado dispuestas para asegurar su dominio en el Nilo —tanto de los bienes como de las personas. Es cierto que, con la probable excepción de Menfis, no se trata estrictamente de ciudades, pero también lo es que tanto el proceso inmediatamente previo a la emergencia del Estado como la posterior política estatal implicaban cierta concentración poblacional.

El segundo indicador, la construcción de grandes edificios públicos relacionados con la esfera de lo divino se halla, en cambio, bien atestiguada desde el comienzo mismo de los tiempos estatales. En efecto, en el delta grandes construcciones que se remontan a la época estatal inicial (Nagada III) han aparecido en Tell Ibrahim Awad y en Buto, y al menos el complejo de este último sitio parece haber revestido carac-

¹² Traducción del autor.

¹³ La creación de nuevos núcleos urbanos durante el Dinástico temprano puede apreciarse a partir de evidencias arqueológicas (Hieracómpolis, Abidos) e iconográficas (Paleta del Tributo Libio), así como de los relatos de los autores clásicos (fundación de Menfis por Menes). [véanse Kemp, *ob. cit.*:196-199; Bietak, *ob. cit.*, 1986:29-34]

terísticas sagradas, “en conexión con un culto o con cierto carácter consagrado del rey”. [Von der Way, 1992:1-10]¹⁴ En la región de Hieracómpolis, durante el mismo periodo, se ha constatado la presencia de tempranos palacios y templos. Durante el periodo Dinástico temprano tanto este sitio como Abidos, Coptos y Elefantina presentan restos que también sugieren la existencia de templos.¹⁵ Por lo demás, la iconografía del periodo presenta una serie de motivos que han sido interpretados como representativos de edificaciones destinadas al culto a los dioses o a la protección del monarca.¹⁶

Sin embargo, es en el terreno de la arquitectura funeraria donde mejor pueden advertirse las espectaculares transformaciones inducidas por la intervención estatal en materia de construcción. En efecto, a partir de las últimas fases de Nagada II comienzan a aparecer nuevos modos de enterramiento de una notable complejidad arquitectónica. La tumba decorada de Hieracómpolis y los enterramientos del cementerio T de Nagada inauguran esta serie, que continúan los sepulcros de las primeras necrópolis reales en Abidos y Saqqara. En estos últimos sobresalen las grandes dimensiones de las tumbas, el recurso del ladrillo y la madera, la construcción de subestructuras y superestructuras compartimentadas, el acceso por medio de escaleras, la decoración exterior y la existencia de tumbas menores que circundan las de los primeros reyes de Egipto.¹⁷ A todo ello aún debe agregarse la edificación, a partir del periodo Dinástico temprano, de grandes palacios funerarios dedicados al culto mortuorio de los reyes.¹⁸ De este modo, existen suficientes testimonios que acreditan la potencia estatal inicial en materia de grandes construcciones.

El tercer indicador, la aparición de especialistas de tiempo completo, presenta en Egipto una doble vertiente. Por una parte, la existencia de un artesanado *full-time* (y tal vez, de algún tipo de mercaderes itinerantes) se presenta con anterioridad al advenimiento del Estado. La intervención estatal sobre tales prácticas generó, sin embargo, un escenario nuevo debido a la monopolización de las prácticas de intercambio a larga distancia y a la concentración de la mayor parte de los productos artesanales. La élite estatal se transformó en receptora exclusiva de los bienes de prestigio (o de las materias primas para su elaboración local) procedentes de regiones tan

¹⁴ Para la evidencia proveniente de Tell Ibrahim Awad, véase: Van den Brink, 1992:52.

¹⁵ En relación con los testimonios sobre las construcciones de Nagada III, en Hieracómpolis, véase Hoffman, Hamroush y Allen, 1986:184 y s. En relación con los templos del Dinástico temprano, véase Kemp, 1992:89-107.

¹⁶ Respecto a la evidencia iconográfica de los santuarios y palacios reales en el periodo Dinástico temprano, véase Baines, 1995:112, 121-124.

¹⁷ Para la tumba 100 de Hieracómpolis, véase Kemp, *ob. cit.*, 1992:51-53. Para el cementerio T de Nagada, véase Bard, 1994:77-109. Para las tumbas reales de Abidos y Saqqara, véase Emery, *ob. cit.*:48-104.

¹⁸ Abidos es el sitio que presenta mayor concentración de palacios funerarios, pero otras zonas (Saqqara, Hieracómpolis) también parecen presentar evidencia en este sentido. Al respecto, véanse Kemp, *ibid.*:69-71; Baines, *ob. cit.*:139 y s.

distantes como Nubia, Palestina, Siria y Mesopotamia.¹⁹ En cuanto al trabajo artesanal, el Estado puso a su servicio un vasto conjunto de especialistas, efectuando así una concentración sin precedentes de sus productos para ostentar, sin competencia alguna, su lugar de privilegio en la sociedad: "con la formación de la realeza y del Estado, los materiales de prestigio fueron progresivamente restringidos en la medida en que la sociedad se tornaba extremadamente desigual". [Baines, 1995:107]²⁰ De este modo, la intervención estatal sobre la práctica artesanal generó dos tipos de efecto. Por un lado, el acaparamiento de bienes de prestigio, tan útil para exhibir la superioridad como para garantizar lealtades por medio de una adecuada redistribución de tales objetos. [Trigger, *ob. cit.*:64] Por otro lado, el inicio de una "codificación de tradiciones" que implicó una reducción de la pluralidad estilística que caracterizaba la época preestatal, en beneficio de una ortodoxia iconográfica establecida a partir del Estado emergente.²¹

Sin embargo, lo que resultó decisivo en la emergencia de la práctica estatal fue la aparición de una nueva clase de especialistas provistos de una nueva condición social. En efecto, el sacerdote de un culto estatal, el jefe militar de un ejército o el funcionario encargado de la recaudación del tributo encarnaban un nuevo tipo de actor social, el actor principal de una flamante burocracia.²² Así, la delimitación de un cuadro administrativo independiente del parentesco y exclusivamente dedicado a la labor burocrática constituyó un hecho de importantes consecuencias sociales. El burócrata no era un miembro de la comunidad, no era un pariente y, sin embargo, era el representante más cotidiano de una fuerza tan nueva como poderosa capaz de imponer su voluntad sobre el resto de la sociedad. Por medio de esa burocracia, el Estado podía ejercer su estrategia más capilar de dominación. "Un sistema burocrático —señala Kemp— es una manera pasiva y ordenada de ejercer el poder en contraste con la coerción directa" [Kemp, 1992:141-171].²³ Por medio de sus funcionarios, el Estado podía extraer tributo, movilizar mano de obra, conducir ejércitos, acarrear materias primas, transmitir información, en resumen, podía intervenir en

¹⁹ En relación con los contactos entre Egipto y el área siriopalestinese, véanse Ward, 1991:11-26; Brandl, 1992:443-477. En relación con el flujo de bienes de prestigio proveniente de Mesopotamia, véanse Trigger, 1985:58-62; Campagno, 1993:81-97. En cuanto a los vínculos con Nubia, véase Adams, 1977:137-141; Trigger, *ibid.*:87-89.

²⁰ Traducción del autor.

²¹ Acerca de la codificación de tradiciones, véanse Kemp, *ob. cit.*, 1992; Baines, 1989:476 y s.; Davis, 1989:190 y s.

²² No estamos negando la existencia de ciertas formas de gestión administrativa en las sociedades no estatales. Toda sociedad posee algún modo de canalizar las decisiones que atañen a su funcionamiento global que, en las jefaturas más grandes, adopta incluso ciertas jerarquías (jefe supremo, jefes de distrito, jefes de comunidades locales). La cuestión es que sólo en las sociedades con Estado existe un cuerpo encargado de la administración que no se vincula con la sociedad por medio de relaciones de parentesco, sino estableciendo vínculos impersonales, burocráticos.

²³ Para una introducción a lo que se conoce acerca de la estructura administrativa durante el periodo Dinástico temprano, véase Wilkinson, 1999:109-149.

todo aquel ámbito de la sociedad egipcia en donde lo considerase indicado. La práctica burocrática constituyó, pues, un mecanismo clave del accionar de un Estado cada vez más omnipresente.

El cuarto indicador, la división de la sociedad en clases económicas y la concentración del excedente, quizá constituye el elemento más rápidamente comprobable por medio de los testimonios de la temprana sociedad estatal. En efecto, las enormes tumbas, los templos funerarios, la concentración de bienes de prestigio producidos por el artesanado remiten tanto a la polarización propia de la sociedad naciente como a la inusitada capacidad de gestión con que contaba el Estado emergente. Por una parte, tal capacidad de gestión se basaba en la extracción continuada del excedente generado en las comunidades campesinas en la forma de tributo en especie. Para un tiempo cercano a la aparición del Estado, Trigger [1993:44] refiere:

En el Reino Antiguo, los impuestos eran extraídos en grano y en ganado en pie producidos por las fincas y las comunidades campesinas. Esos impuestos eran fijados por un censo bianual, que en tiempos tempranos probablemente involucraban al rey y a su corte, quienes viajaban por todo el país y consumían parte de lo que les era habido en cada lugar. Posteriormente, tales ingresos fueron acumulados en las capitales provinciales, desde las que se remitían a la corte real en Menfis los ingresos no requeridos para la administración local.

Por otra parte, esos ingresos estatales se complementaban con la extracción de un tributo en trabajo que implicaba la movilización de una gran cantidad de contingentes campesinos para la ejecución de tareas estatales. Éstas, de acuerdo con Kemp [*ob. cit.*, 1992:164], “eran característicamente arduas: un ejército ocasional para servir en el extranjero u oleadas de actividad en las canteras o en la construcción”. De tal manera, la práctica tributaria constituía el principal modo de vinculación entre los dos polos de la nueva sociedad a la vez que proporcionaba el canal para la captación del excedente social por parte de la élite estatal.

El quinto indicador, la aparición de la escritura, implicó la disposición, por parte del Estado naciente, de un eficaz sistema de registro y comunicación cuyos efectos se harían sentir de múltiples modos. De acuerdo con Vernus [1993:92], en Egipto

la escritura es utilizada en dos usos esenciales: a) el control y la gestión de los bienes centrados en torno de la persona del faraón; b) la perennización monumental de las interpretaciones, en los términos de la ideología dominante, de los eventos que atraviesan los reinados de los monarcas de la época”. [*Cfr. Baines, ob. cit.*, 1989:472]

Como se advierte de inmediato, se trata de dos usos íntimamente ligados al Estado: uno vinculado con actividades principalmente administrativas y el otro conectado con las prácticas político-rituales. En relación con las prácticas administrativas, la

aptitud de la escritura para potenciar el poderío estatal viene dada por su condición misma de dispositivo técnico-burocrático que permite un control mucho más sistemático y detallado de todas las operaciones que es necesario llevar a cabo y que, por ende, fortalece la capacidad de penetración estatal en la sociedad. [Cfr. Bard, 1992: 299 y s; Vernus, *ob. cit.*:89] Respecto a las prácticas político-rituales, la utilización de la escritura constituye uno de los modos de la afirmación explícita del poder estatal. Aunque al principio la escritura sólo ocupaba un lugar complementario en las representaciones gráficas, esa modalidad combinada de iconografía y escritura²⁴ transmitía un mensaje inequívoco: el poderío del Estado, la fuerza omnímoda del monarca siempre victorioso. A medida que la escritura fue ganando terreno, continuó empleándose principalmente para predicar esas cualidades acerca de la potencia inigualable del Estado o, más precisamente, de su máxima expresión, el faraón.²⁵

Habida cuenta de que las posibilidades de acceder al aprendizaje de la escritura alcanzarían, cuando mucho, uno por ciento de la población [Baines y Eyre, 1983:65-67], se torna evidente que la élite era la única capacitada para interpretar el contenido de los mensajes escritos. ¿Implica esto que la práctica de la escritura no producía ningún efecto en el polo sometido, en ese 99% restante de la población? Sí lo producía ya que la escritura trazaba una escisión en la sociedad egipcia: por un lado se encontraban los que dominaban el nuevo sistema, los que sabían leer, es decir, los burócratas, el Estado; por el otro, los que no lo comprendían, es decir, el resto de la sociedad. En este sentido, el conocimiento o el desconocimiento de la escritura constituye otro parámetro que marca la pertenencia —aun desde una posición subordinada— o la exclusión del nuevo polo dominante de la sociedad. Dicha escisión se implanta sobre la misma división polar introducida en la sociedad por la práctica estatal. Para aquellos que desconocían la escritura, la sola materialidad jeroglífica inducía un efecto ideológico preciso porque esos jeroglíficos significaban algo que solamente los poderosos comprendían. Cuando los recaudadores tomaban nota del tributo obtenido ante los ojos de las comunidades, o cuando incidentalmente algún campesino divisaba las inscripciones de una estela, la escritura producía un efecto distinto del mensaje captado por la élite. Ese efecto era, pues, el de la sumisión a quienes no sólo controlaban la fuerza sino también la capacidad de penetrar los secretos encerrados en esos signos misteriosos e inescrutables.

Por último, el sexto indicador, el advenimiento de un estilo artístico propiamente estatal, se verifica crecientemente en la iconografía de la época estatal temprana.

²⁴ Lo que John Baines [*ob. cit.*, 1989:474] denomina “modo emblemático de representación”.

²⁵ Los textos de las pirámides constituyen, sin duda, los mejores exponentes tempranos del poder del faraón, pero ya desde los primeros testimonios escritos se hace referencia tanto a la fuerza del monarca como a su carácter sobrenatural. [Véanse Baines, *ibid.*:478 y s; Bard, *ob. cit.*, 1992:301-304]

Si en la época que antecede al Estado existía una pluralidad de motivos artísticos sin que ninguno predominara sobre los demás, la irrupción de la práctica estatal dejó una profunda huella en el arte egipcio a partir de un motivo que, a todas luces, sería la representación iconográfica dominante. En palabras de Gautier [1993:43], de lo que se trata es de "la emergencia del discurso sobre el ser, paralelo a la emergencia sociopolítica primero del jefe, después del rey, organizando en torno de este centro, y subordinándole, el discurso sobre la interacción, en el cual se subsume lo colectivo".²⁶ Así, en esta nueva situación la realeza, por medio de la figura del monarca y de sus actos, se constituye en el tema excluyente de la producción artística egipcia: el faraón sería, incuestionablemente, el sujeto de esa nueva iconografía.²⁷ El centralismo detentado por el faraón en la sociedad naciente se representaba en el arte de la época por medio del lugar primordial que ocupaba en tanto motivo iconográfico. La huella del estado emergente en la producción iconográfica también se imprimiría a partir del acaparamiento de determinados motivos como atributos exclusivamente estatales.²⁸ Así, un procedimiento de exclusión iconográfica asignaba al faraón un lugar único caracterizado por atributos que nadie más que él podía detentar. De esta forma, intervención y exclusión constituyeron los expedientes básicos a partir de los cuales la práctica estatal se extendió sobre el campo de la iconografía para sentar allí su propio sistema normativo y establecer, por medio de unas "constricciones de decoro sistemáticas, que limitaban tanto lo que podía ser representado como el contexto [de las representaciones]" [Baines, 1989:473],²⁹ los cánones del nuevo arte estatal.

VII

Llegados a este punto, es posible advertir que si bien la aparición de ciudades no parece constituir una característica definitoria del proceso en el que emergió el estado egipcio (aun cuando no estamos ante una ausencia absoluta de núcleos poblacionales), los otros cinco indicadores señalados en su época por Gordon Childe se verifican plenamente en aquella situación histórica. Si a pesar de la falta de evidencia de un temprano urbanismo el autor insistía en su tesis de la revolución urbana en el Antiguo Egipto, esto era así porque detectaba en el Nilo la presencia de los

²⁶ Traducción del autor.

²⁷ De acuerdo con Roland Tefnin [1984:63], la imagen que transmite el arte egipcio puede interpretarse como una relación sujeto-objeto, cada uno de los cuales reviste características bien definidas: "un polo sujeto unitario, nominado, magnificado, oponiéndose a un polo objeto desmultiplicado, anónimo y miniaturizado". Traducción del autor.

²⁸ Tal parece haber sido el caso del motivo conocido como "desfile de los animales", que reconoce antecedentes preestatales y que posteriormente se vinculó a la realeza. [Véase Cialowicz, 1992:254]

²⁹ Sobre el establecimiento de un nuevo canon artístico egipcio a partir de la emergencia del Estado, véase Davis, *ob. cit.*:190 y s.

otros elementos que confieren su especificidad al proceso. Tal vez sea precisamente esa detección de las características específicas de un proceso histórico³⁰ lo que constituye el punto clave en el que Childe se distanciaba tanto de los egiptólogos empiristas como de los teóricos evolucionistas unilineales, e incluso de sus propias concepciones evolucionistas.

Frente a las teorías espontáneas de los egiptólogos, a sus posiciones basadas en el hiperdifusionismo y en la idea de raza o en nociones sin ningún rigor analítico, Childe no sólo opuso una serie de cuestionamientos empíricos sino, sobre todo, la solidez de una conceptualización que intentaba plantear el problema del advenimiento de la civilización faraónica en términos teóricos rigurosos. Y frente al fatalismo generalizador de quienes suponían la existencia de leyes universales de evolución cultural como continuación del proceso de evolución biológica del hombre, Childe hizo hincapié en la especificidad de los procesos históricos.

Por cierto, el investigador australiano también se había adherido a las tesis del evolucionismo y siempre fue un creyente de la idea de progreso. Por ende, se esforzó en enmarcar permanentemente su producción teórica dentro del esquema evolutivo. Así, su revolución urbana puede ser considerada en términos cuantificables de aumento poblacional como el pasaje entre dos etapas de la evolución humana: barbarie y civilización. Sin embargo, al margen de su profesión de fe, Childe estableció los indicadores que a su criterio señalaban una radical diferencia entre la sociedad urbana y su antecedente. En lugar de buscar las continuidades permanentes, el crecimiento gradual de lo que ya estaba en potencia en el orden anterior, prefirió poner el énfasis en los elementos específicos que indicaban el cambio, y al resultado de ese proceso de cambio postuló un nombre contrario a los cánones de la tradición evolucionista: lo denominó revolución. El término revolución urbana era, pues, el nombre genérico para un profundo proceso de cambio: el advenimiento de la sociedad estatal. En tales condiciones, sin duda Childe podía aplicar lícitamente ese nombre al proceso que dio lugar a la emergencia del Estado en el valle del Nilo. De este modo, sin constituir un contrasentido, hasta la mismísima civilización sin ciudades había tenido su propia revolución urbana.

³⁰ Esto es, precisamente, lo que Childe hace en el mencionado artículo de 1952. Al comparar el "nacimiento de la civilización" en Egipto y en Mesopotamia, define la serie de contrastes que diferencia una situación de otra, al mismo tiempo que establece los criterios para considerar la "mismidad" (*sameness*) del proceso en ambas regiones.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, William

1977 *Nubia. Corridor to Africa*, Princeton, Princeton University Press.

Baines, John

1989 "Communication and Display: The Integration of Early Egyptian Art and Writing", en *Antiquity*, núm. 63, pp. 471-482.

1995 "Origins of Egyptian Kingship", en O'Connor, David y David Silverman (eds.), *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, E. J. Brill, pp. 95-156.

Baines, John y Chris Eyre

1983 "Four Notes on Literacy", en *Göttinger Miszellen*, núm. 61, pp. 65-96.

Bard, Kathryn

1992 "Origins of Egyptian Writing", en Friedman, Renée y Barbara Adams (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, pp. 297-306.

1994 *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society in Egypt*, Sheffield, Sheffield Academic Press.

Bietak, Manfred

1986 "La naissance de la notion de ville dans l'Égypte Ancienne: ¿un acte politique?", en *Cahiers de Recherches de l'Institute de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, núm. 8, pp. 479-485.

Brandl, Baruch

1992 "Evidence for Egyptian Colonization of the Southern Coastal Plain and Lowlands of Canaan during the Early Bronze Age I Period", en Van den Brink, Edwin (ed.), *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd Millenium*, Tel Aviv.

Butzer, Karl

1976 *Early Hydraulic Civilization in Egypt*, Chicago, University of Chicago Press.

Campagno, Marcelo

1993 "Egipto en contacto: las tempranas conexiones con Mesopotamia", en *Orientalia Argentina*, núm. 10, pp. 81-98.

Childe, Vere Gordon

1934 *New Light on the Most Ancient East*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co. Ltd.

1950 "The Urban Revolution", en *The Town Planning Review*.

1968 "The Birth of Civilization", en Morton, Fried (ed.), *Readings in Anthropology*, 2 vols., Nueva York, Th. Y. Cromwell Company, pp.631-639.

1981a "Retrospección", en Pérez, José Antonio, *Presencia de Vere Gordon Childe*, México, INAH, pp. 351-362.

1981b "La revolución Urbana", en Pérez, José Antonio, *Presencia de Vere Gordon Childe*, México, INAH, pp. 265-277.

- 1981c *¿Qué sucedió en la historia?*, Buenos Aires, La Pléyade.
 1986 *Nacimiento de las civilizaciones orientales*, Barcelona, Planeta-De Agostini.
 1989 *Los orígenes de la civilización*, México, FCE.

Cialowicz, Krzysztof

- 1992 "La composition, le sens et la symbolique des scènes zoomorphes prédynastiques en relief. Les manches de couteaux", en Friedman, Renée y Barbara Adams (eds.), *The Followers of Horus. Studies dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, Oxbow Books, pp. 247-258.

Davis, Whitney

- 1989 *The Canonical Tradition in Ancient Egyptian Art*, Cambridge, Cambridge University Press.

Derry, D. E.

- 1956 "The Dynastic Race in Egypt", en *Journal of Egyptian Archaeology*, núm. 42, pp. 80-85.

Edwards, I. E. S.

- 1971 "The Early Dynastic Period in Egypt", en *Cambridge Ancient History*, vol. II, Londres, Cambridge University Press, pp. 1-70.

Emery, Walter

- 1961 *Archaic Egypt*, Harmondsworth, Middle Sex, Penguin Books.

Flinders Petrie, William

- 1912 *A History of Egypt*, Londres.

Frankfort, Henri

- 1959 *The Birth of Civilization in the Near East*, Bloomington, Indiana University Press.
 1976 *Reyes y dioses*, México, Biblioteca de la Revista de Occidente.

Fried, Morton (ed.)

- 1968 "The Birth of Civilization", en *Readings in Anthropology*, 2 vols., Nueva York.

Gautier, Patrick

- 1993 "Analyse de l'espace figuratif par dipôles. La tombe décorée, numéro 100 de Hierakonpolis", en *Archéo-Nil*, núm. 3, pp. 35-47.

Hassan, Fekri

- 1993 "Town and Village in Ancient Egypt: Ecology, Society and Urbanization", en Shaw, Thurstan, Paul Sinclair, Bassegy Andah y Alex Okpoko (eds.), *The Archaeology of Africa. Food, Metals and Towns*, Londres, Routledge, pp. 551-569.

Hayes, William

- 1953 *The Scepter of Egypt*, Nueva York, Harper & Bros.

Hoffman, Michael, Hany Hamroush y Ralph Allen

- 1986 "A Model of Urban Development for the Hierakonpolis Region from Predynastic through Old Kingdom Times", en *Journal of the American Research Center in Egypt*, núm. 23, pp. 175-187.

Kemp, Barry

- 1977 "The Early Development of Towns in Egypt", en *Antiquity*, núm. 51, pp. 185-200.
1992 *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica.

Mark, Samuel

- 1997 *From Egypt to Mesopotamia*, Londres, Chatman Publishing.

Massoulard, Emile

- 1949 *Préhistoire et Protohistoire d'Égypte*, París, Institut d'Ethnologie.

Mortensen, Bodil

- 1991 "Change in Settlement Pattern of Population in the Beginning of the Historical Period", en *Ägypten und Levante*, núm. 2, pp. 11-37.

O'Connor, David

- 1972 "The Geography of Settlement in Ancient Egypt", en Ucko, Peter, Ruth Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Men, Settlement and Urbanism*, Londres, Duckworth, pp. 681-698.
1993 *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Filadelfia, The University Museum.

Pérez, José Antonio

- 1981 *Presencia de Vere Gordon Childe*, México, INAH.

Petrie, William Flinders

- 1912 *A History of Egypt*, Londres, Methuen & Co. Ltd., vol 1.

Pirenne, Jacques

- 1961 *Histoire de la Civilisation de l'Égypte Ancienne*, Neuchatel, Editions de la Baconnière.

Sethe, Kurt

- 1930 *Urgeschichte und Altteste Religion der Ägypter*, Leipzig, Deutsche Morgenländische Gesellschaft.

Tefnin, Roland

- 1984 "Discours et iconicité dans l'art égyptien", en *Göttinger Miszellen*, núm. 79, pp. 55-69.

Trigger, Bruce

- 1980 *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology*, Nueva York, Cornell University Press.
1985 "Los comienzos de la civilización egipcia", en Trigger, Bruce, Barry Kemp, David O'Connor y Alan Lloyd, *Historia del Antiguo Egipto*, Barcelona, Crítica, pp. 15-97.

- 1987 "Egypt: A Fledgling Nation", en *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, núm. 17, pp. 58-66.
- 1993 *Early Civilizations. Ancient Egypt in Context*, El Cairo, American University in El Cairo Press.

Van den Brink, Edwin (ed.)

- 1992 "Preliminary Report on the Excavations at Tell Ibrahim Awad, Seasons 1988-1990", en *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd Millenium B. C.*, Tel Aviv, Edwin Van den Brink Publisher, pp. 43-68.

Vernus, Pascal

- 1992 "La naissance de l'écriture dans l'Égypte Ancienne", en *Archéo-Nil*, núm. 3, pp. 75-108.

Von der Way, Thomas

- 1992 "Excavations at tell el-Fara'in/Buto in 1987/1989", en Van den Brink, Edwin (ed.), *The Nile Delta in Transition. 4th-3rd Millenium B. C.*, Tel Aviv, Edwin Van den Brink Publisher, pp. 1-10.

Ward, William

- 1991 "Early Contacts Between Egypt, Canaan and Sinai: Remarks on the Paper by Amnon Ben-Tor", en *Bulletin of the American School of Oriental Research*, núm. 281, pp. 11-26.

Wilkinson, Toby

- 1999 *Early Dynastic Egypt*, Londres, Routledge.

Wilson, John

- 1960 "Egypt through the New Kingdom, Civilization without Cities", en Kraeling, C. y Robert McAdams (eds.), *City Invincible*, Chicago.